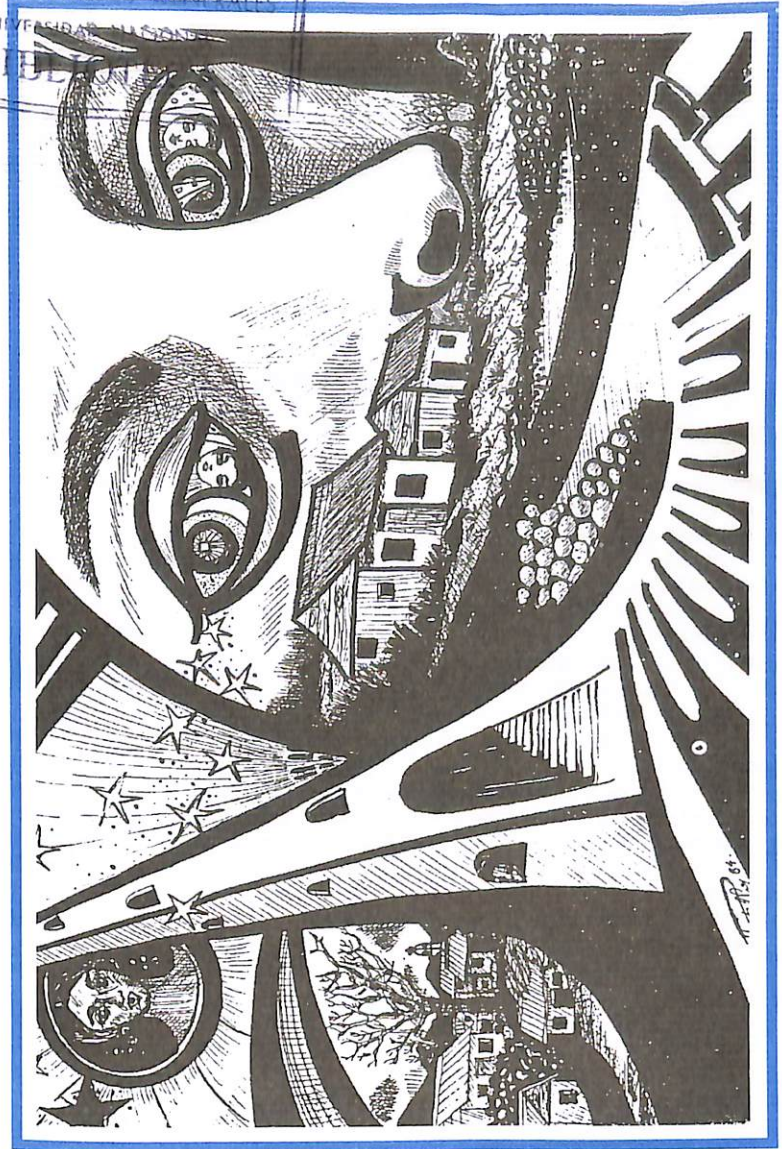




82
CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Mayo del 2002

CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA

Nº 82

EL LUNAR DE MELISA

(cuento)

Bernabé Berrocal Morales

Una colilla más caía sobre la acera. La que acababa de lanzar, la más larga de todas. Once en total —para quien quisiera corroborar— como igual número son las horas en el reloj de pared; once menos cinco descontando el gravamen establecido a fuerza de impuntualidades. Es necesario lavarme los dientes para no defraudarla con este horripilante aliento de tabaco, por lo que salgo del balcón y ya en el lavamanos lo hago con empeño terapéutico. Una vez en la sala, camisa limpia y perfumada, me he entretenido sacudiendo el polvo y repasando las fotografías de la época colegial. Algunas caras desataban en mi memoria una escena y esta a su vez, atribuyendo mi sentimentalismo a una red de sensores y fibras, originaba una sonrisa, un zapateo, un aplauso, una emoción. Esto último me colmó el pecho cuando la encontré. Tomé esa fotografía y la miré con la devoción al crucifijo que guardan las niñas en el retrato de primera comunión. ¿Fue en el octavo o noveno año? Ya no lo recordaba: más tiempo de la cuenta. ¿Qué, quince, veinte años? Daba lo mismo. EL-TIEM-PO, no hay nimiedad más relativa, ya se ha dicho hasta el cansancio. Me percaté de la melancolía con que la yema de mi pulgar repasaba esa área de la imagen. Era el área que ocupaba ella, y yo la recorría como detallando su aura, o quizá más bien le pidiera de antemano una explicación: esa voz en el contestador, absolución de los calendarios. Hacía tan solo unas horas y sin embargo la espera posterior a eso ya casi se equiparaba con los años transcurridos.

¿La reconocería? Por supuesto. Bastaba ojear la fotografía para precisar a la muchacha del lunar; lado derecho del cuello, un poco más grande que uno de sus ojos y del mismo color: negro. Pero negro-negro. Cuánto me gustaba ese lunar, para ella traba de la autoestima. Maldijo siempre el haber nacido en el trópico por verse privada del derecho a la bufanda, aunque fuera por una corta época del año. Mientras ella injuriaba cada espejo salido a su paso, yo permanecía tardes enteras apreciando el excéntrico ornamento de su cuello, largos segundos besándolo y solo unos pocos lamándolo, por ser eso algo que ella consideraba repugnante y fastidioso.

Sostenía la imagen a pocos centímetros de mi cara, reproduciendo en mente y lengua la textura del lunar, cuando el timbre de la puerta desató al gusano frío que bajó abriéndose paso por entre la carne de mi espalda. Me levanté de un solo salto y fui a abrir. Antes tomé los cigarros y los llevé a la bolsa de mi camisa: quedaban dos. Miré el reloj: las doce y cinco, o sea, era medianoche.

*

Melisa casi gritó al verla, sola a ella, como escapando de un retrato definido por el marco de la puerta, para abrazarme. Un retrato que a partir de ahora iba a alcanzar la más alta jerarquía de mi memoria, ya en el acto verificado al prescindir del rito del reencuentro: deshacer el abrazo, tomarla de las manos y exigir en medio de una carcajada un giro a Melisa. Segundo y medio me bastó para ser capaz de enumerar minucias: el aire infantil (más intenso que en la fotografía de sus años adolescentes), el peculiar brillo de su cabello ondulado y el enorme vacío que ahora dejaba la ausencia del lunar en su cuello.

Ya separados y como si estuviera en su propia casa me llevó al sofá. *He venido a traerte un regalo* me dijo, con una manera de quien se ve todos los días, tan amena que me pareció desconsiderada. La interrumpí. *¿Crees que sólo se trata de aparecer así no más, tras cualquier mensaje de contestador, como si esto fuera*



el sagrado emisario de los grandes acontecimientos? le dije, levantando el aparato que estaba sobre el brazo del sofá y que con el cero-uno de su pantalla me notificaba contener alguna voz en la cinta, el probable recordatorio de un pago. Me abstuve de hacerla sonar, lo que habría sido un oportunísimo refuerzo sarcástico a lo antes dicho, pero a mi grosería le bastaba ya con la carcoma del lunar desaparecido. *Ha pasado mucho tiempo, ¿acaso no te das cuenta?* Hubo un silencio. *Desde el noveno año* contestó, antes de que los dos calláramos de nuevo.

Sé cuanto te gustaba. ¿Qué? respondí, retirando la mirada de su cuello, tardíamente. Saqué un cigarro de la cajetilla y lo encendí en mi boca. Dejándome devorar un poco más por la rareza de conversación en la que iba cayendo el ya de por sí insólito encuentro, le pregunté qué había hecho con él. *Hace poco lo quité. Arquee las cejas. Sí, lo operé, láser, tú sabes* aclaró, como si hablara de cambiar un zapato o de aplastar una cucaracha. Di una sorbida enorme a mi cigarro y le dije, con la cautela de mantener en sospecha que mi atracción por ella se alimentaba por sobre todo de la oscura marca en su cuello. *¿Por qué lo hiciste?* Sonrió. *¿Era asqueroso, lo recuerdas?* Con una mueca de falso entendimiento, asentí. Después de una leve cachetada tomó mi cara entre sus manos. Conforme se acercaba deslizó su mano izquierda a lo largo del lado derecho de mi cuello. Yo no quise moverme, o tal vez no pude. Sujetó luego mi hombro, adquiriendo la pose de vampiresa que se dispone a dar la clásica estocada. Puso su boca en mi cuello y sorbió, sin morder. Pasmado percibí la migración de todos los líquidos corporales hasta esa zona de mi ser, desde donde volvían desordenadas ráfagas de sensaciones. Únicamente atiné a observar el aspecto artificioso de los rizos de su cabello y cómo el cigarrillo que pendía de un hilo entre mis dedos

cayó al piso, era el penúltimo.

*

Amanecí en el sofá. El reloj se había detenido a las cinco para la una. Sentía como si una turba me hubiera agarrado a patadas. Me puse de pie estirando los brazos y la espalda, ni una sola huella de Melisa.

Fui al lavamanos, no sin antes activar la contestadora que ahora señalaba la presencia de dos mensajes. Sin duda el primero era ese que ayer no había querido accionar, pensé que el segundo sería de ella. Hundí la cara en el cuenco de mis manos lleno de agua, retirando las lagañas después.

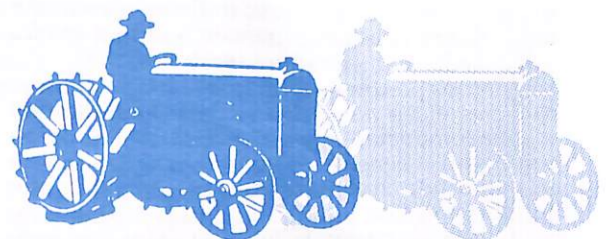
Hizo eco en todo mi apartamento la voz de esa dama robótica y diplomática: *There-are-two-messages. One...* luego del largo tono agudo: *Hey, hombre, cómo va todo, perdona que ahora no recuerde cómo te llamas, fuimos amigos en el colegio, me dieron el número y te aviso, aquella compañera... Melisa... nos acaba de dejar en horas de la tarde,*

sus funerales serán mañana, ojalá vayas.

Ahora era un ejército de gusanos fríos retorciéndose entre mi pecho y espalda, y mis manos, congeladas aún más bajo el chorro del grifo comenzaron a temblar cuando al levantar la cabeza, vi reflejado en el espejo un oscurísimo lunar del tamaño de una moneda pequeña, al costado derecho de mi cuello. El segundo mensaje no era más que un cobro.

Miré el inútil reloj y salí a toda prisa.

Así, con una sonrisa maliciosa, frente al féretro de Melisa escondido bajo un montón de coronas y lirios blancos, extinguí bajo mi zapato el último cigarrillo. Rodeado de indiferentes y desconsolados, todos con sus fracs y vestidos opacos para la ocasión. Me saludaban algunos con un tímido levantón de mano, como movidos por una acongojante curiosidad. Me acerqué al grupo de hombres que, sentados estratégicamente sobre tumbas contiguas formaban una especie de mesa redonda. En medio, un sacerdote (lo reconocí por el crucifijo que colgaba casi a la altura del ombligo) impartía algo como una charla. Eran más o menos unos catorce. Y aunque sobresalían dos desesperados fumadores y un muchacho que temblaba con la soltura de un enfermo de Parkinson, los hermanaba el negro lunar que exhibían todos al mismo lado del cuello. *Qué maravilla* pensé, palpando el mío. *Compermisó* dije, y me senté al lado del muchacho.



LA ÉTICA DEL LECTOR

Reynaldo Guerrero Gallardo

Por mucho tiempo hemos recibido de los críticos del quehacer creativo y de los filósofos de la cultura el tierno contacto de sus palabras: escrita o verbal, vienen ambas con "el martillazo" de que quien posee la Ética en la relación escritor-lector es el primero; denominado "artífice comprensivo de la palabra" pero dominante empedernido de ideales de múltiples anónimos.

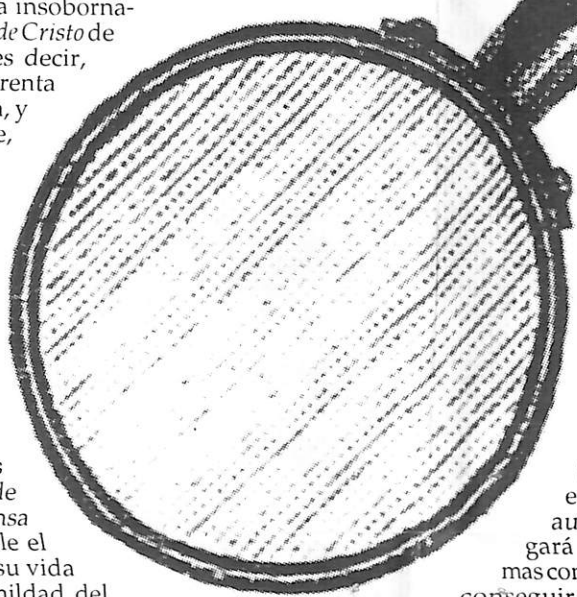
Con esta afirmación se sugiere que el segundo de esta conexión es nada más que un después, acaso un "fulano de tal", incógnito que se beneficia de su "residencia en la tierra", y es quien consigue, después de un largo camino "cognitivo" el privilegio de la lectura. Este viejo argumento enarbolado desde la antigua tradición, hace del lector un sujeto-receptor que vive sin aportar sino el grueso de su responsabilidad cuantitativa en el espacio que le brinda el marketing y el consumo. Desconfiamos de los conceptos que intentan establecer fríamente una definición desprendida de un opósito; el lector no ha sido impuesto por la sociedad de consumo. En el siglo XVI apareció la versión de bolsillo, los libros de Erasmo de Rotterdam fueron *best-sellers* en su tiempo. *El Elogio de la Locura* y los escritos políticos de Marthin Lutero se leyeron en un momento donde el universo religioso era insobornable, se leyeron más que la Biblia. *Imitación de Cristo* de Thomas de Kempis en los años 1300, es decir, antes de que descubra Gutenberg la imprenta circuló por toda Europa en el idioma latín, y aún en los conventos de roca inescrutable, bajo la sotana, en el sitio oculto del monje cargaba el libro. Aceptar que el lector es un resultado del mercado, es llevar al libro a categoría de objeto cosificado e inapreciar la historia del libro.

El consumidor de libros nace en los centros de cultura y en el estímulo temprano del hogar, desde muy corta edad los niños reciben de sus padres y maestros la idea que el libro es un crisol, y de hecho es un producto insustituible en la era de la robótica. Mucho le cuesta al escritor, posiblemente después de algunos meses sacar a la luz un nuevo documento de ensayo, ya sea un relato, un artículo de prensa o una poesía, espaciando lo menos posible el "deber" del "ser", es decir, aproximando su vida práctica a su ideal de existencia. La humildad del otro, traductor de significados de una nueva interpretación de la vida, busca en el trabajo del escritor una identificación, consigue a veces unir dos individualidades, materializa su sueño, pisa si es posible sobre la misma huella, dice con voz alta y alborozo haber encontrado una empatía entre la letra escrita y su miniproyecto vivencial.

El lector se encuentra sumido en similares circunstancias, o quizá en más graves que las del que se sentó frente a un escritorio para discurrir literariamente un tema. Ambos, bajo un mismo prisma cultural, pero con distintas perspectivas, buscan respuestas que les garanticen algún grado de certeza para ejercer con armonía la supervivencia. El asombro de la vida se tropieza con una especial coincidencia, sin que premeditadamente hubiera urdido el punto de encuentro con la naturaleza del otro. El lector confía en el escritor, a quien él lo estima como un guía que ha logrado reducir las distancias, pues este ha extendido un puente entre el libro y su vida, el lector va a caminar sobre el mismo puente extendido, no obstante frecuentemente se perderá en sus propias conclusiones, aunque hay casos en que el lector captura sin dificultad en la misma red extendida por el autor; alcanza a tomar la simpleza que se requiere para seguir aceptando al "mundo verdad" como propio. Cuando nos damos cuenta que ese mundo propio, no es ni propio ni una imagen de nuestro ideal, entramos en lo que dice Hegel, en una negación originada en nuestra misma aceptación, porque el escritor despojó los colores de la tela, cortó las flores del jardín con el aliento de su pesimismo, oscureció el entorno que permitía ver la transparencia de las aguas, aquellas que bajan con el deshielo, en forma de riachuelo se deslizan entre los bosques para engrosar el océano, otros sin piedad dejan entrar el frío del desierto a nuestra osamenta, convirtiendo el consejo en venganza.

La Ética no es privativa del que presente una obligación por sacar a luz un escrito en el que van sus hiladuras espirituales. Este individuo es un adquirente primario de dones, perfeccionado en la práctica, estudiando técnicas, leyendo ávidamente, extrayendo de la sabiduría de la bondad de la palabra un producto compatible con su verdad. Frente a la lectura, el escritor tuvo que seguir el mismo trecho que le tocará más tarde asumir al lector, extraer de la lectura conclusiones cerradas y abiertas, rechazos y apologías, crítica y enseñanzas perdurables, todo este conjunto de profanaciones viene a ser una relación implícita que se origina como acto inseparable, muchas veces consubstancial con el beneficio de la lectura. Quien escribe no está pensando en el lector, porque ignora su tipología, no sabe si es hombre o mujer, viejo o adulto, rico o pobre, rebelde o convencional. El escritor se esconde

tras la transparencia de su antorcha, aprisiona su lápiz en favor de su verdad, quizá la única en su vida, la irá a defender y a argumentar hasta convertirse en un fundamentalista. Si llega a escribir un nuevo libro regresará a apoyar lo que cree haber dejado inconcluso en su anterior monografía; tal cual como es la teoría de la libertad de Sartre, la lucha de clases en Marx, la transvaloración de Nietzsche o la Teoría de los Sueños en el psicoanálisis de Freud. Son ejes conductores que se funden progresivamente, los sabios elaboran nuevas doctrinas, pero todas tienen el mismo manto metafísico, como anillos de una cadena que van ceñidos a un solo patrón de ideas. Esta constancia sobre su verdad los convierte en seres perdurables y cohabitantes del destino de los otros, así como un retablo imprescindible en el mundo de la ciencia. El escritor serio no es un producto del mercado, aquellos que están en la industria del saber, estos sí saben al segmento poblacional al que se dirigen y se esforzarán por que su público no se



sienta defraudado. Estos argonautas de la modernidad se sienten condicionados por el espejo de detalle que nace desde el exterior. El escritor libre se enaltece de su autonomía y llegará hasta las últimas consecuencias por conseguir emancipar al "anónimo" de su desidia; al

sentirse beneficiado por el tiempo que le concede el lector, retribuirá este encuentro con principios y orará hasta donde sea posible por conseguir su adhesión, no a su persona sino a las ideas que él ha construido.

El lector es un viajante solitario que aborda la aventura de leer, tal y cual el escritor se dispone a escribir. Ahorra tiempo en su trabajo para atemperar su alma sobre el libro, digita el ambiente para guarecerse en su techo, su ocio parcial lo destina a la lectura, hay quienes encontramos un cuarto de tiempo fuera del ocio, desprendiéndonos del mundanal ruido que generalmente lo que hace es incitar a la vaga liviandad.

Hay todo tipo de lectores, unos cuidadosos, y otros ligeros, unos exigidos y otros espontáneos, todos abren el libro esperando mucho de él. No a todos se les cumplen sus expectativas, hay quienes desertan en su empresa expresando múltiples motivos externos, como si fueran ellos los causantes de su pereza; es el libro la verdadera razón que impidió al lector continuar urdiendo sobre las páginas. El primer dilema ético que le propone su conciencia al lector, es el abandono que eventualmente hará a un libro iniciado en su lectura. Lo medita y empieza a leerlo con menos avidez, inventa ocupaciones aledañas para no regresar al libro. Abrirá otro, y si este reúne mayores respuestas, definitivamente guardará el primero en la biblioteca. Esta es una relación moral que el hombre crea en el espacio de sí mismo, evade la posibilidad de transgredir el propósito, ha asumido verticalmente un compromiso, pero no frente al otro, sino como un acto de autoconciencia, que a su vez la recibe como una prueba de su entendimiento configurada para afirmar silenciosamente frente al "legislador" un respeto inalienable. Cuando es más diestro en la práctica de la lectura posiblemente se le hará menos difícil dejar un libro a medio leer, o lo dejará con menos pena, particularmente porque ha comprendido que todo el mundo del libro en la modernidad está inmerso en la industria del saber, ha descubierto que hay autores que están comprometidos en lo que el mercado intuye, en esta región del saber lo que interesa no es plantear una verdad sino presentarla con cosméticos, para que ella se venda a través del ilusionismo presentista, contribuidos por los artículos dominicales de los principales diarios, que han recogido la magia de decir en pocas palabras la retórica de la ilustración. Una verdadera "Opción-Guillotina" como producto de esta gran industria del saber, es la que el mercado ha descubierto, un sinuoso camino hacia el cadalso en el que intentan sacrificar la cabeza del científico. Se autodefinieron en editores furibundos del desencanto, al exprimir el cuello de un edificio de ideas, convirtieron "el malestar de la

cul-
tura"
en su
sueño de
verano.

Para indigestar completamente la inocencia del lector han sacado a la venta una colección denominada "Para Principiantes", en donde con caricaturas y frases interpretadas por el autor del fascículo pretenden que el lector se entere en treinta páginas del pensamiento de Foucault, Sartre, Marx, Nietzsche o Freud. Toda la vida de un pensador en el malhumor de un libro de "comics" sin el menor respeto al autor, y por encima de esta transgresión, no les importa mutilar la inefable inocencia del lector. Es como ponerle droga al desayuno infantil.

Me tocó leer un artículo de prensa en uno de los mayores diarios de difusión pública acerca del pensamiento psicoanalítico de Freud. Al final la periodista dijo que la información dada por el medio había sido tomada de "Freud Para Principiantes". Me pregunté a mí mismo ¿si éticamente el diario podía admitir un artículo de una página sobre un autor que ha escrito más de tres mil páginas y que a su vez el interpretador declaró abiertamente que no había leído ninguno de sus libros sino un fascículo para principiantes? A esto es lo que se refiere cuando identificamos la "industria del saber", como la base cultural que tiene la sociedad post-moderna. Sin duda, casos como el que he mencionado nos lleva a registrar la involución cultural en la que todos estamos inmersos. Los filósofos de la Escuela de Frankfurt lo explican bajo la denominación de que es "la Razón Instrumental" la que ha puesto los cimientos de este cambio. Se ha operado un desgaste sangrante, con el transcurrir de los años en forma imperceptible, con la custodia de los medios de comunicación, se ha enquistado dentro de la sociedad el efecto reductivo, identificando plenamente a una época.

A diferencia de este fenómeno cultural vemos que el único trabajo que tuvo Carlos Marx fue en *El New York Tribune*, en Norteamérica; presentó algunos artículos que fueron dados a conocer en su tiempo y que ahora no terminamos de leerlos en las antologías de su pensamiento. La gravitante teoría que dejó a la posteridad desde ese medio de difusión pública constituye fuente inagotable del saber. Julián Marías sigue escribiendo en el ABC de Madrid y Vargas Llosa, lamentablemente, para su prestigio literario, escribe artículos políticos para los diarios del mundo.

Tomar notas al margen de un libro hace del lector algo más que un curioso de lo espectado; restablece una técnica desconocida de sus propias destrezas, convierte a su tiempo libre en una especie de mutante sin destino. Con el quehacer inusitado de incluir apostillas y revisar las referencias, quiere rasgar las vestiduras antropológicas que lo llevaron a estar dentro de la serialidad. El lector condiciona mágicamente su anatomía, poniéndose bajo el sol intenta recobrar un atisbo de "estrella" singular. Esta particularidad ideada en su propio universo lo pone frente a un rango de especialista; minero con faro en medio de sus ojos, buscador de metal con color resplandeciente, evaluando lo inexpresable, retirando la literalidad de la palabra para construir metáforas dentro de la mesurada lectura en la que se sumerge. Ahí donde hay dualidad construye su cueva, perfora la tierra, abre un nuevo túnel para desbrozar un camino, inscribe en el cielo raso de la tenue expresión lírica del canto de un pájaro, ahí deposita una gota de esperanza. La hermenéutica del lector es la manta que cubre a un edificio en restauración. Enclavado en su soledad, el lector cierra su puerta, evita que el ruido ingrese a su recámara, apaga la T.V., impone el confort de su mirada sobre el grueso volumen que se dispone a diseccionar. Enternece el libro bajo una tenue luz artificial, no desea sino que la intensidad que lo alumbraba reduzca su aura, y caiga sólo sobre las letras el reflejo de su claridad. Pide a los vecinos de su cuarto que aminoren el sonido, prepara el descenso del silencio, la idiosincracia de la predisposición lo lleva a un encuentro con el libro.

La noche santifica la secularización que irá a ser su fiel compañera en el acto de lectura, deja a los fantasmas libres que paseen dentro de su cuarto, sin que nadie espante su andar o vayan a malograr la prístina intención que los hizo aparecer. Les permite que aúnen y descansen sus fuerzas sobre los personajes o las doctrinas abordadas por el autor. El lector se apoya sobre su escritorio o en el respaldar de su cama. Busca a Wagner, Beethoven o Mozart. Ha llegado el momento de enfrentar su pensamiento con la del "legislador". Dice Platón que el escritor legisla más

que presenta una teoría al concurso del libre arbitrio del otro, derrama autoridad en sus páginas, como queriendo instaurar la "Paideia". El lector va a perforar la letra, acude a otras fuentes, interfiere en el silencio para resplandecer con sus dudas el producto secundario de un saber que el autor le otorga, lo recibe como una dación gratuita a la que no podrá retribuir, sino acaso retrasmitiéndolo en un artículo o conferencia. Se siente en deuda con la "legislación", buscará la tertulia para confrontar su aprehensión. El lector, frente a un Nobel o un Clásico, siente que este magno personaje ha escrito para él, retuerce sus dedos culpándose no haberlo encontrado antes, subraya las frases que más atención le han causado, retira de su mente sus recuerdos personales, toma del libro la comunidad de "Macondo", se imagina caminando sobre los empedrados de una población en donde las cosas ni siquiera tenían nombre, sino que había que señalarlas con el dedo. García Márquez al darle mitología a la aldea restableció la dignidad a la pobreza, detuvo el discurso flagelante del "primer mundo" (ojo que pongo primer mundo entre comillas).

Cuando vemos que un intelectual frente a la impiedad prefiere dejar la Embajada en París, protestando por los muertos de Tlatelolco en 1968. Este mismo Embajador, Octavio Paz, muy joven, antes fue a dictar clases a una escuela rural hastiado del mercantilismo al que había descendido la revolución mexicana. O si recordamos el rechazo del Premio Nobel que hizo Sartre exigiendo a la Academia Sueca un manejo menos político en la selección de los premios. Luego el lector toma en sus manos sus libros, en primera lengua o en traducción, escucha, como si fuera un espectador de la Ópera de Wagner; el drama junto a la melodía, la palabra hablada anuda la tragedia, los dioses medievales retiran la realidad para dejar que deambulen los demonios. Como dijo Nietzsche al dimensionar la música, "nunca antes supe lo que fue la <Creación> hasta que escuché a Bach".

La palabra se sale de las páginas, cree estar frente a la figura señera del autor, entabla una transparente amistad, ya que el autor habla a través del libro. No es un peso inerte el que está frente a nosotros, sino sangre que fluiría como lava candente sobre las venas del lector, antes fue piso vital y señero que impulsó escribir esas mismas experiencias constituida en un libro, muchas veces inmortal.

Los discípulos de José Ortega y Gasset mecanografiaron las clases de filosofía del maestro español y hoy son unas Universidades ambulantes, nos han enseñado con sencillez la simplicidad de la Filosofía. El lector cuando dobla la última página se siente deudor del libro, también del escritor, si se quiere del traductor y la editorial. Aplauda al traductor cuando viene de un idioma y de un autor en donde la lectura es compleja, a sí mismo se da cuenta rápidamente en el momento que esta traducción no ha cumplido un *mínimo de rigurosidad en el trabajo del trasvasamiento idiomático*.

El desafío de las primeras páginas; frente al prólogo cree encontrarse con un malhadado resumen. El presentador del libro, comúnmente desgaja el misterio. Intenta apropiarse de la temática, presume de especialista en la tradición intelectual que tratará el libro posteriormente, o quizá, en otros casos se siente firme conocedor de la producción literaria, ya sea del autor o de la Escuela literaria a la que pertenece. En otras ocasiones, más que nada para el lector ligero o inexperto en el tema en cuestión, la introducción resuelve ciertas interrogantes, facilita el encuentro de su espíritu con el fragor de la palabra que el autor ha edificado.

Friedrich Nietzsche decía de Kant, que si hubiera estudiado Filología el filósofo tuviera más adeptos. Sus teorías filosóficas llegaron como una revolución en el pensamiento occidental, pero más de uno todavía sigue deseando haberlo leído directamente. Cuando llegan a la lectura de Kant, generalmente desean regresar al prólogo o buscan a un hermeneuta de Kant en el idioma español, y sin duda se vuelven a perder. Estas en manos de los traductores, de un idioma otro o de un pensamiento original a uno elaborado. La primera instancia es el lenguaje distintivo del autor, luego el difícil trabajo de traerlo al idioma español, posteriormente el hermeneuta que quiere rescatar el momento de la escritura y finalmente el lector, sobrecargado de los condicionamientos invisibles, adiciona su visión del mundo e interpreta libremente el libro.

Cuando me encuentro con un buen lector le he preguntado el nombre del traductor de un clásico o de un filósofo, ya sea de una novela como *Ulises* de Joyce o la *Náusea* o si se quiere *Las Confesiones* de San Agustín y no he encontrado hasta ahora una respuesta inmediata. Conocen que Francis Ford Coppola dirigió la película *El Padrino*, pero no registran los nombres de los traductores de los libros que leen, no nos damos cuenta que sin duda dejamos a su arbitrio la revelación real de la intención que tuvo el escritor al confeccionar originalmente el libro.

En unas conversaciones que un periodista argentino grabó de Borges y Sábato, ambos intelectuales coincidieron que el poema *El Cuervo* de Edgar Allan Poe no era magnificante, no así cuando fue traducido por Baudelaire al francés. El poema según dos intelectuales, en la versión francesa alcanzó la estatura de inmortalidad. Cuando el traductor de poesía es un buen poeta aparece una nueva poesía, porque su traducción no puede ser literal, ni siquiera en la prosa es posible, la traducción tiene que aceptar del idioma receptor el embate de su gramática, así como la fluidez de sus sinónimos y antónimos.

Wencelao Roces decía que cuando trabajó en la Unión Soviética traduciendo al español los libros de Marx y Engels se topó con los guardianes de la edición

que deseaban un texto traducido para la editorial, mas no para el lector.

Tengo la mala costumbre de saltarme las introducciones de los libros, muchas de ellas hacen innecesario seguir en la tarea de la lectura, hay otras que ahuyentan al lector, lo sacan de su ortodoxia; estancia virginal de escudriñador de texto, empapan de comentarios extraños a los propósitos del autor, domestican al "caballo brioso", o por lo menos creen que lo hacen, tratan con irrespeto lo profano y enaltecen lo que resalta al sentido común. Esta indiferencia hacia la autoridad intelectual del lector refuerza el prefijo en contra de la majestad del sustantivo, adjetivizan la metáfora porque escriben para sí mismos, descuelgan, en distintos momentos, el misterio que viene al interior de la letra impuesta por el escritor.

Los críticos, en veces, ampulosos usan el retruécano como máscara tras la coreografía de colores que el autor ha querido montar, otros desarrollan sus propias teorías, aprovechando el espacio de prologar a un clásico, y de sentirse anticipadores del destino de la lectura, confían más en su palabra que en la que deben presentar.

Los libros de Marthin Heidegger acerca de Friedrich Nietzsche son un claro ejemplo de estos casos; sin que este comentario que estoy haciendo traiga la menor de las intenciones de desmerecer el trabajo filosófico de este pensador alemán; creo no sentirme a la altura de juzgar los ensayos de Heidegger, carezco del conocimiento del idioma alemán y esta limitación me impide realizar tal misión.

También me ha tocado revisar algunos prólogos en donde se han hecho afirmaciones temerarias; por ejemplo la Editorial Edicomunicación presenta la colección con un comentario sobre Friedrich Nietzsche, lo hace un profesor español Francesc L. Cardona, quien termina diciendo que el filósofo es un gran plagiador. Si alcanzan estos libros a ser leídos por un joven que se inicia en la lectura, predispuerto por esta afirmación posiblemente se traiga en su propósito final. Leer sobre el pensamiento de Nietzsche a través de la interpretación de Georgy Lukacs es nefasto, pero durante treinta años las universidades del mundo acudieron a sus libros como la única fuente abierta hacia el conocimiento nietzscheano. Pienso como Borges, que hay que leer a los autores directamente sin buscar intermediarios, es como hablar con Dios bajo la intromisión de un tercero, llámese pastor o cura. Ni siquiera es necesario ir a la iglesia o al templo para dialogar o entregar sus confidencias al misterioso Dios, a ese "desconocido" que llamó Pablo y los agnósticos de Atenas.

Los Clásicos Jackson, fue un intento serio de llevar al público de habla española una cantidad de libros inmortales. *Fausto* de J.W. Goethe de esta misma colección, traducido por José Roviralta y cuyo estudio preliminar y revisión la hace Francisco Ayala, ahí vemos como este intelectual prestigioso no se hace eco de la traducción de Roviralta que tiene en sus manos y que es objeto de la edición, prefiere citar en la introducción al poeta alemán en idioma alemán, dejando premeditadamente al unilingüe de un solo brazo colgado en una soga, sin red que lo vaya a soportar en caso de su inobjetable caída. Estamos de acuerdo que la poesía es intraducible, pero el objeto de una edición-traducción de esta índole es desafiar el obstáculo, por lo que comúnmente se asisten las editoriales de expertos lingüistas y conocedores de ambos idiomas. Restituir el texto original con rigurosidad, trasvasando el texto de un idioma a otro es el verdadero objetivo de la publicación. Si el prologuista obvia la traducción que está presentando, de hecho la descalifica. Podríamos poner un sinnúmero de ejemplos en donde el estudio introductorio es más bien un traspies que un facilismo teórico.

Hemos mencionado dentro de este trabajo los detalles que son materia de análisis individual de cada lector que se acerca a un libro, porque viene a ser la primera objeción con que se tropieza el lector y lo que le queda de su inocencia. Parto del punto de vista que el acto de la lectura es un acontecimiento revestido de inocencia, aun si tuviera que leer un libro exigido por el Colegio o la Universidad, el lector se dispone con inocencia a cumplir con el "rito" de la lectura; es casi sacramental, tiene en sus manos cinco o diez años de investigación de un científico y posiblemente alcanza a virar la pasta en una noche. Esta desigualdad en el esfuerzo unifica la interrelación, consigue del lector un previo juicio del autor. Unas veces lo magnifica de tal manera que si pudiera levantar un monumento con su busto lo haría. Una minibiografía del autor y un análisis previo, sin precondicionar juicios de valor o de magnificar su propia autoridad sobre la del prologado, creo que es indispensable. Pero lamentablemente ya nada es incondicional, todo va unido al mercado, es el mercado el que asume la responsabilidad intelectual del proyecto en un proceso de publicación.

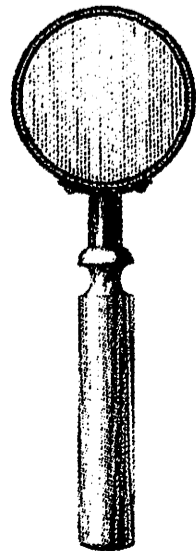
En algunas ocasiones, en especial cuando el escritor ha escrito junto a una ética de compromiso, con un alto apego de su vida a los principios que han venido generando sus doctrinas, o si es de pensamiento complejo, es preferible que el mismo autor elabore su propia introducción, incluso hemos encontrado libros con dos o tres introducciones del mismo autor. Estas fueron hechas en épocas distintas, cuando se ha requerido de alguna republicación. Las nuevas ediciones le exigieron al autor introducir nuevos enfoques que vehiculen el presente inmediato, permiten también que el lector complementemente su interpretación acerca del libro que se dispone a leer. Son verdaderas notas que muestran la responsabilidad del científico, extendió la tela por encima del marco, como queriendo administrar el futuro de la tarea de la lectura, llevándola a un sentido de intangible con forma de objeto,

como el lenguaje de la Catedral en que sus paredes de piedra recrudescen el pasado.

Los libros de Marx y Freud tienen esa particularidad, creyeron en el devenir, ajustaron sus edificios teóricos a los sucesos que se dieron en nuevos y distintos momentos. El Marx joven es un Marx filósofo, mientras el Marx adulto es un economista, pero el Marx del tercer libro del *Capital* no escondió el espíritu de justicia que el Rabino Moisés encontró tras el Monte Horeb y que Marx de 22 años exhibió en *La cuestión Judía*. Los manuscritos de 1844, recién publicados en 1930 traen la misma utopía mesiánica del Paraíso que nos ofrece el Nuevo Testamento, solo que Marx fue más utópico que Jesús, creyó que la abolición de clases lograría la igualdad en el hombre, pero dentro de este mundo terrenal. El Nietzsche de 24 años del *Origen de la Tragedia* es el mismo de *Ecce Homo*, escrito pocos meses antes de su locura, en él martilló igual, insistiendo que vivimos al amparo del error y que esta es nuestra única verdad. En el campo de la Filosofía, cuando el traductor es a su vez el maestro de ceremonia y cuando el libro es de origen alemán, que es de donde proviene la filosofía más densa, encontraremos la miseria de la traducción llevada a límites de extremaunción. Teorías completas tratadas como cuerpos inertes, ambigüedades del pensamiento confiadas a un cerco literal rígido, abundando en explicaciones bibliográficas que aburren al lector, más que nada porque introducen largos párrafos con bibliografía que solo se puede leer en otro idioma, insistiendo en un colonialismo idiomático al que quieren sujetarnos los grandes centros de dominación cultural, desde donde se ha proyectado históricamente un superfluo sentido de superioridad hacia nuestros países, del que hemos hecho poco por emanciparnos. En este campo acontece lo que a nuestros gobiernos les ha sucedido con sus economías. Desde el centro de los organismos internacionales, como el FMI, el Banco Mundial, o el BID dictan las políticas económicas del hambre y del desempleo, la sanidad económica del Estado de las naciones en crisis significa la miseria del hombre, sin embargo llegan misiones de expertos a exigirles a los países deudores aplicar medidas nefastas, trasgrediendo nuestra soberanía nacional, pero eso sí revirtiendo el desconocimiento sobre la penumbra social. La política de la falsa industria fue impuesta por la CEPAL, el Estado protector como medida de salvataje llegó desde el keynesianismo y el leninismo-marxista; la libertad de elegir nació de los "Chicago Boys", que enarbolaron la venta de la entidad pública para sanear al Estado, hoy sus consecuencias retuercen sin piedad la espalda del hombre para que carguen con el peso de la deuda externa, modelando políticas monetarias que abren la brecha entre la pobreza y la riqueza, dimensionando un abismo infranqueable entre estas dos fronteras.

En la dialéctica del hombre-sociedad, esta última categoría degluye la subjetividad, retuerce igual como el trapiche que recibe la caña de azúcar para sacar un líquido adulcorado con sabor a licor, sin que el licor esté presente. El bagazo de esa caña la utiliza la industria para producir papel de empaquetadura, áspero y resistente. La subjetividad también recibe el sol, como la planta de la caña de azúcar, se nutre del agua; los griegos decían que en su transparencia líquida estaba el origen de la vida; se presenta sin previa recolección porque anida en el núcleo su transparencia. Este mismo lector, en muchos casos se escapa del proceso mecánico del trapiche, regresa a su casa, después de intensas pruebas que han estremecido su cuerpo consigue retomar su lectura, alivia su espina dorsal mientras percibe la voz profunda que salta sobre el tiempo para retrotraerlo del abismo.

La lectura es autónoma, recibe una que otra sugerencia, pero al final el lector asienta su preferencia; en la tendencia ideológica del autor van prendiendo los ojos y los sentimientos del lector. Busca en el libro paz e identidad, ha escapado del ruido, en esas líneas con infinidad de letras está la armadura del caballero que lo defenderá de la agresión o del levitamiento del pastor de ovejas que ha sacado a pastar su ganado. La lectura es un refugio que soporta hasta la cotidianidad, saca del martillo el plano que da el golpe y lo reversa para extraer el clavo sin hacer ruido. Otras veces abre tanto la brecha con el mundo real del ideal, que lo deja trémulo, sin sueño ni esperanza. Derraido, forcejeando con el autor ha entablado un diálogo con este "legislador", a quien nosotros denominamos: "artífice comprensivo de la palabra", ha merecido un largo momento junto a él, lo siente como íntimo, aún desde el lejano tiempo en que el intelectual escribió su libro. Como sentado frente a su silla el tiempo se apropia de la nostalgia, es precisamente cuando el tiempo no tiene un significado real, como dice San Agustín en *Las Confesiones*: "Antes de comenzar el poema está en mi anticipación; apenas lo acabé, en mi memoria; pero mientras lo digo, está distendiéndose en la memoria, por lo que llevo dicho; en la anticipación, por lo que me falta decir. Lo que sucede con la totalidad del poema, sucede con cada verso y con cada sílaba. Digo lo mismo, de la acción más larga de la que forma parte el poema, y del destino individual, que se compone de una serie de acciones, y de la humanidad, que es una serie de destinos individuales".



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL:

Dr. Carlos Araya Guillén. Vicedecano del Centro de Estudios Generales.

Profesor: Alfonso Chase Brenes. Escritor. Premio Magón, 1999.

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz. Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

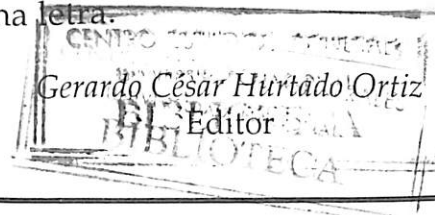
UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

La toma de conciencia del lector, su disposición ante el texto y lo que de significado tiene para el beneficio personal y para la perspectiva del humanismo actual, es el punto de partida de la ética del lector, que aquí adquiere un matiz y profundidad en el entorno en que sobresale la situación del libro universal: los mercados unificados de las comunicaciones, el libro y texto virtual, las imágenes corporativas de que el libro impreso tiene su fin apocalíptico, la persuasión ideológica de que las obras escritas quedarán rezagadas en estantes de olvido y en la meridiana visión de que ahora ya no habrá investigación y ni la salvaguarda personal de que el saber quedará globalizado por las tendencias mundiales a que el libro de papel sea solo una reliquia y que todo conocimiento irá a dar al disco compacto o a un zip acumulativo; bástanos un *clic*, ya tenemos el saber *en línea* de acuerdo con directrices que demandan los mercados libreros y la historia quedará para la crónica de los acuciosos experimentados, para el saber eminente de unos pocos. El humanismo, en este sentido, nos ofrece otra visión: el camino de la ética, enmarcada dentro de una situación de límite, y donde ante todo medio obstaculizante, el lector se encuentra con un mundo amado, la lectura como recuperación del saber y la afirmación de la memoria de todos los tiempos. Este recorrido de la lectura con derroteros posibles nos informa de que el libro es una especie de salvación de todo lo humano, comprensible para el lector humanista. Sí, el humanismo actual no debe tener enemigos contemporáneos de los medios electrónicos.

En esta ocasión ofrecemos un cuento, para mentes despiertas, jóvenes de espíritu y llevados de la mano con buena letra.



Ilustraciones: portada de Humberto Portillo, contraportada de René Portocarrero